

El buen sacerdote condescendió á mi súplica con la mayor dulzura y caridad: y luego que se informó de mi vida en compendio, y se satisfizo de que era verdadero mi propósito, me emplazó para el día siguiente á las cinco y media de la mañana; hora en que acababa de decir la misa de prima: previniéndome que lo esperara en aquel mismo lugar, que era un rincón oscuro de la sacristía. Quedamos en eso, y me fui al meson más consolado.

Al día siguiente me levanté temprano: oí su misa y lo esperé donde me dijo.

No me quiso confesar entónces, porque me dijo que era necesario que hiciera una confesion general: que tenia una bella ocasion que aprovechar si queria, pues en esa tarde se comenzaba la tanda de ejercicios, los que él habia de dar, y tenia proporcion de que yo entrara si queria.

Y cómo que quiero, padre, le dije: sí, á eso aspiro, á hacer una buena confesion. Pues bien, me contestó: disponga usted sus cosas, y á la tarde venga: dígame su nombre al padre portero y no se meta en más.

Dicho esto se levantó, y yo me retiré más contento que la noche anterior; aunque no dejó de admirarme lo que me dijo el confesor de que dijera mi nombre en la portería, pues él no me lo habia preguntado.

No obstante, no me metí en averiguaciones. Llegué al meson: comí á la hora regular: pagué lo que debia: encargué mi caballo, dejando para su comida, y á las tres mi fui para la Casa Profesa.

CAPITULO XI.

En el que Periquillo cuenta cómo entró á ejercicios en la Profesa, su encuentro con Roque, quién fué su confesor, los favores que le debió, no siendo entre estos el menor haberlo acomodado en una tienda.

Inmediatamente que llegué á la portería de la Profesa, di el recado de parte del padre que iba á dar los ejercicios. El portero me preguntó mi nombre: lo dije, entónces vió un papel y me dijo, está bien, que metan su cama de vd. Ya está aquí, le dije: la traigo á cuestras.—Pues entre vd.

Entré con él y me llevó á un cuarto donde estaba otro, diciéndome: este es el cuarto de usted y el señor, su compañero. Diciendo esto se fué, y yo luego que le iba á hablar al compañero conocí que era el pobre Roque mi condiscípulo, amigo y fámulo antiguo. El tambien me conoció, y despues que nos abrazamos con la ternura imaginable, nos preguntamos recíprocamente y nos dimos cuenta de nuestras aventuras.

Admirado se quedó Roque al saber mis sucesos. Yo no me admiré mucho de los suyos, porque como él no habia sido tan extraviado como

yo, no habia sufrido tanto, y sus aventurillas no habian pasado de comunes.

Al fin le dije: yo me alegro mucho de que nos háyamos encontrado en este santo claustro; y que los que algun dia corrimos juntos por la senda de la iniquidad, nos veamos juntos tambien aqui, animados de unos mismos sentimientos para implorar la gracia.

Yo tengo el mismo gusto, me dijo Roque, y á este gusto añado la satisfaccion que tengo de pedirte perdon, como de facto te lo pido, de aquellos malos consejos que te dí, pues aunque yo lo hacia por lisongearte y grangearme más tu proteccion hostigado por mi miseria, no es disculpa: ántes deberia haberte aconsejado bien, y aun perdido tu casa y amistad, que haberte inducido á la maldad.

Yo poco habia menester, le dije, no tengas escrúpulo de eso. Creete que sin tus persuasiones habria siempre obrado tan mal como obré.

¡Pero ahora tratas ya de mudar de vida seriamente! Me dijo Roque. Esa es mi intencion, sin duda, le contesté: y con este designio me he venido á encerrar estos ocho dias.

Me alegro mucho, continuó Roque: pero, hombre, no sean tus cosas, por la Virgen: ya somos grandes, y ya tú le has visto al lobo no sólo las orejas sino todo el cuerpo; y así debes pensar con seriedad.

No me disgusta tu fervor, le dije, sin duda eres bueno para fraile, y te habia de asentar lo misionero.

No pienso en ser predicador, me contestó: por,

que no me considero ni con estudios ni con el espíritu propio para el caso; pero si pienso en ser fraile, y por eso he venido á tomar estos santos ejercicios. Ya estoy admitido en San Francisco, y si Dios me ayuda y es su voluntad, pienso salir de aquí y entrar al noviciado luégo, luégo.

Me alegro, Roque, me alegro. Tú has pensado con juicio, aunque dice el refran que el lobo hartado de carne, se mete á fraile. Ese es uno de tantos refranes vulgares y tontos que tenemos, decia Roque. Aun cuando quisieras decirme que despues que dí al mundo las primicias de mi juventud y ahora que tengo un pié en la vejez quiero sujetarme al claustro y vivir bajo obediencia, no dirias mal; pero ¡caso porque fuimos malos muchachos y malos jóvenes, hemos de ser tambien malos viejos! No, Perico: alguna vez se ha de pensar con juicio: jamás es tarde para la conversion, y otro refrán tambien dice: que más vale tarde que nunca.

No, no te enjes, Roquillo, le dije: haces muy bien: esta es una chanza: ya conoces mi genio que naturalmente es jovial, y más con amigos de tanta confianza como tú; pero haces muy bien en pensar de esta suerte, y yo procuraré sacar fruto de tu enojo.

¡Qué enojo ni qué calabaza! Decia Roque; ya conozco que hablas con chocarrería; pero te digo lo que hay en el particular.

En esto tocaron la campana y nos fuimos á la plática preparatoria.

Concluidos los ejercicios de aquella noche, entró el portero á mi cuarto y me dijo de parte de

mi confesor, que despues de la misa de prima en la capilla, lo esperara en la sacristia. Leimos yo y Roque en los libros buenos que habia en la mesa hasta que fué hora de cenar, y despues de esto nos recogimos, habilitándome Roque de una sábana y una almohada.

Al dia siguiente me levanté temprano, oí la misa de prima, esperé al padre y comencé á hacer mi confesion general, enamorándome mas cada dia de la prudencia y suavidad del confesor.

El sétimo se concluyó la confesion á satisfaccion del confesor y con harto consuelo de mi espíritu. El padre me dijo que el dia siguiente era la comunión general; que comulgara y no fuera á desayunarme á mi cuarto, sino á su aposento, que era el número 7, saliendo de la capilla sobre la derecha. A í se lo prometí y nos separamos.

Increeble será, para quien no tenga conocimiento de estas cosas, el gusto y sosiego con que yo dormí aquella noche. Parece que me habian aliviado de un enorme peso, ó que se habia disipado una espesa niebla que oprimia mi corazón, y así era á la verdad.

Al dia siguiente nos levantamos, aseamos y fuimos á la capilla, donde despues de los ejercicios acostumbrados, se dijo la misa de gracias con la mayor solemnidad, y despues que comulgó el Preste, comulgamos todos por su mano llenos del más dulce é inexplicable júbilo.

Concluida la misa y habiendo dado gracias, fueron todos á desayunarse al chocolatero, y yo, despues que me despedí de Roque con el mayor

carifio, fui á hacer lo mismo en compañía de mi confesor, que ya me esperaba en su aposento.

¡Pero cuál fué mi sorpresa, cuando creyendo yo que era algun padre, á quien no conocia sino de ocho dias á aquella fecha, fui mirando que era mi confesor el mismísimo Martin Pelayo, mi viejo amigo y excelente consejero!

Los amigos pícaros que me perdieron y que pierden á tantos en el mundo, saben el arte maldito de disfrazar los vicios con nombre de virtudes. A la disipacion, llaman liberalidad; al juego, diversion honesta, por mas que por modo de diversion se pierdan los caudales: á la lubricidad, cortesania: á la embriaguez, placer: á la soberbia, autoridad: á la vanidad, circunspeccion: á la groseria, franqueza: á la chocarrería, gracia: á la estupidez, prudencia: á la hipocresía, virtud: á la provocacion, valor: á la cobardía, recato: á la locuacidad, elocuencia: á la zoncería, humildad: á la simpleza sencillez: á la . . . pero ¿para qué es cansarte, cuando sabes mejor que yo lo que es el mundo, y lo que son tales amigos? En virtud de esto, yo no sé que hacer, ni de quién valerme.

No te apures, me dijo el padre Pelayo: yo haré por tí cuanto pueda. Fia en la Suprema Providencia; pero no te descuides, porque hemos de estar en esta triste vida á Dios rogando y con el mazo dando.

Su Magestad te pague tus consuelos y consejos, le dije; pero hermano, yo quisiera que te interesaras con tus amigos á efecto de que logre al-

gun destino, sea cual fuere, seguro de que no te haré quedar mal.

Ahora mismo me ha ocurrido una especie, me dijo, espérame aquí. Al decir esto se fué á la calle, y yo me quedé leyendo hasta las doce del día, á cuya hora volvió mi amigo.

En cuanto entró, me dijo: albricias, Pedro: ya hay destino. Esta tarde te llevo para que te ajustes con el que ha de ser tu patron, con quien te tengo muy recomendado. El es amigo mio y mi hijo espiritual: con eso lo conozco, y estoy seguro de sus bellas circunstancias. Vaya, tú debes dar á Dios mil gracias por este nuevo favor, y manejarte á su lado con conducta, pues ya es tiempo de pensar con juicio. Acuérdate siempre de las desgracias que has sufrido, y reflexiona en los pagos que dan el mundo y los malos amigos. Vamos á comer.

Le dí los debidos agradecimientos, se puso la mesa, comimos, y concluido esto rezamos un Padre nuestro por el alma de nuestro infeliz amigo Januario. Dormimos siesta, y á las cuatro, despues de tomar chocolate, salí en un coche con el padre Pelayo á la casa del que iba á ser mi amo.

En cuanto me vió parece que le confronté, porque me trató con mucha urbanidad y cariño. Tal debió de ser el buen informe que de mí le hizo nuestro confesor y amigo.

Era hombre viudo, sin hijos, rico y liberal: circunstancias que le debian hacer buen amo, como lo fué en efecto.

El destino era cuidar como administrador el meson llamado "San Agustin de las Cuevas," que

sabeis dista cuatro leguas de esta capital, y girar una buena tienda que tenia en dicho pueblo, debiendo partirse á medias entre mí y el amo las utilidades que ambos tratos produjeran.

Se deja entender que admití en el momento, llenando á Pelayo de agradecimientos: y habiendo quedado corrientes, y aplazado el dia en que debía recibir, nos fuimos yo y mi amigo Martin para la Profesa.

En la noche platicamos sobre varios asuntos, rematando Pelayo la conversacion con encargarme que me manejara con honradez y no lo hiciera quedar mal. Se lo prometí así y nos recogimos.

Al dia siguiente me dejó mi amigo en su aposento, y á poco rato volvió habilitado de géneros y sastre, hizo me tomara medida de capa y vestido, y habiéndole dado no sé qué dinero, lo despidió.

Si me admiró la generosidad del Padre Pelayo, y si yo no hallaria expresiones con que significarle mi gratitud, fácil es conjeturarlo. El me dijo: te he suplido este dinero y he hecho estas diligencias en tu obsequio por tres motivos; porque no maltrates mas esa ropa que no es tuya; porque no te esponga ella misma á un bochorno, y porque tu amo te trate como á un hombre fino y civilizado, y no como á un payo silvestre. Hace mucho al caso el traje en este mundo, y aunque no debemos vestirnos sino con decencia y segun nuestros principios y destinos.

A los tres dias vino el sastre con la ropa: me planté con capote y chaquetita; pero al estilo de

México: Pelayo fué conmigo al meson, donde le entregué el caballo y sus arneses: volvimos á la Profesa, hice una lista de todo lo que le entregaba, y al otro dia puso Martin todo aquello en poder del capitán de la Acordada, para que éste solicitara sus dueños ó viera lo que hacia.

No restando ya mas que hacer sobre esto, y llegando el dia en que habia de recibir la tienda y el meson, fuimos á San Agustin de las Cuevas: me entregué de todo á satisfaccion: mi amo y el padre volvieron á México, y yo me quedé en aquel pueblo manejándome con la mejor conducta, que el cielo me premió con el aumento de mis intereses y una serie de felicidades temporales.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Vol. 1495 BOWENBY, 1890

CAPITULO XII.

En el que refiere Periquillo su conducta en San Agustin de las Cuevas y la aventura del amigo Anselmo, con otros episodios nada ingratos.

Así como se dice, que el sabio vence su estrella, se pudiera decir con más seguridad que el hombre de bien con su conducta constantemente arreglada, domina casi siempre su fortuna por siniestra que sea.

Tal dominio experimenté yo, aun las ocasiones que observé un proceder honrado por hipocresía; bien que luego que trastrabillaba y me descaraba con el vicio, volvian mis adversas aventuras como llovidas.

Desengañado con esta dolorosa y repetida observacion, traté de pensar seriamente, considerando que ya tenia más de treinta y siete años; edad harto propia para reflexionar con juicio. Procuré manejarme con honor y no dar que decir en aquel pueblo.

Cada mes en un domingo venia á México, me confesaba con mi amigo Pelayo, y con él me iba